

*reinarás en medio de tus enemigos, poseerás el imperio y la realeza en el día de tu poder, y en medio del brillo que á tus santos rodea; porque te he engendrado en mi seno antes que á la estrella de la mañana*<sup>1</sup>, antes que todos los siglos; porque como Dios te he engendrado desde la eternidad; porque como hombre, te he destinado antes que todas las cosas para ser mi Hijo, para ser Rey, para ser el gefe que debe *reinar* y guiar *mi pueblo de Israel*<sup>2</sup>.

Si una persona tantas veces y tan solemnemente llamada á ocupar el trono por Aquel á quien incumbe tan solo el crear reyes, necesita aún mas títulos Jesús, todos los tiene. Examinoslos rapidamente.

La primera potestad entre los hombres fué siempre el poder paterno. Los padres de familia durante muchos siglos, fueron los reyes de su hogar. Adán, Seth, Noé, Abraam, Isaac, Jacob, los patriarcas todos anteriores y posteriores al diluvio ejercian la potestad doméstica y paternal. Pues bien Jesús es el padre de todos los que han existido, existen y existiran hasta el fin de los siglos *engendrados en Él por medio del Evangelio*<sup>3</sup>. ¿Qué padre de familia tuvo nunca semejante descendencia en cuanto á número? ¿Qué padre de familia rigió su casa con mayor sabiduría y bondad? ¿Qué padre de familia por lo tanto tuvo mas derecho que Él á ser llamado rey?

Otro derecho á la corona, muy antiguo, es el consentimiento del pueblo. De este modo es como los hombres que habian vislumbrado una imágen de la majestad en la union de los miembros de la familia subordinados al padre, y que hallaban cierta suavidad en esta clase de gobierno, inclinaronse fácilmente á constituir sociedades de muchas familias y escoger reyes que les sirvieran de padres. Así fué como Abimelec, hijo de Gedeon, hizo consentir á los habitantes de Siquem á que le eligieran soberano<sup>4</sup>; así es tambien como el pueblo de Dios pidió él mismo, *un rey que le juzgara*<sup>5</sup>; así

1. Ps. cix, 1 et seqq.; Matth. xxii, 44; Luc. xx, 41 et seqq. — 2. Mich. v, 2; Matth. ii, 6. — 3. I. Cor. iv, 15. — 4. Judic. ix, 2 et seqq. — 5. I. Reg. viii, 5.

es tambien como ese mismo pueblo puso la autoridad toda de la nacion en manos Simon y su descendencia<sup>1</sup>. Pues tambien es Jesús rey con esos títulos. Todos los justos antes de la ley y despues de ella; los justos mismos que tan pocos en número eran entre las naciones antes de la venida del Mesías; todos aquellos á quienes Dios por su misericordia ha iluminado con sus divinas luces, se forjaron la idea de un Libertador de los hombres, semejante á un rey, ó á un soberano al que los pueblos todos de la tierra debian someterse; todos desearon que su reino llegase; todos exclamaron con el profeta Isaías: *Señor envid al Cordero para dominar toda la tierra*<sup>2</sup>; todos le hicieron en cierto modo reinar en ellos, antes de que apareciese en el mundo, por medio de su fé, deseos, suspiros y plegarias. ¡Mas cuál no ha sido el consentimiento de los pueblos despues de su advenimiento! En cuánto aparece, los pueblos en masa unense á Él como á padre suyo y le obedecen como á su rey. Padre y rey que si bien experimenta durante algun tiempo contradicciones, suscitadas por el enemigo del género humano y suyo propio, pronto supo vencerlas por medio de la predicacion evangélica y por la fuerza invencible de su gracia y tres siglos habian apenas transcurrido desde la fundacion de su Iglesia, cuando sus fieles subditos tienen el consuelo de ver á Jesús, segun los oráculos de los profetas, *reinar de un mar á otro, desde orillas las del rio hasta las extremidades de la tierra; de ver á los Etiopes prosternarse y á sus enemigos besar la tierra en su presencia, de ver á los reyes de Tarsis y de las Islas ofrecerle presentes, á los reyes de Arabia y de Saba aportarle dones, á todos los reyes de la tierra prestarle homenaje*<sup>3</sup>; tan unanime espontaneo y rapido es el consentimiento de los pueblos en acatar la soberanía de su Redentor.

Los reinos formados por conquista son tan antiguos, que los hombres reconocieron desde los tiempos primitivos un *derecho* llamado *de conquista*. Tambien Nuestro Señor Jesucristo puede hacer valer ese titulo á favor suyo. Conquistador muy distinto de los otros, no

1. I. Mach. xiv, 37 et seqq. — 2. Is. xvi, 1. — 3. Ps. lxxi, 8 et seqq.

se ha servido de las armas, la violencia, la injusticia tiranía para hacerse proclamar Rey; contentóse como Balaam predijo, con *herir á los gefes de Moab*<sup>1</sup>; combatir, vencer, *encadenar al fuerte armado*<sup>2</sup>, que tenia á los hombres miserablemente cautivos; domar los *principados, potencias, príncipes de la tierra, príncipes del siglo de tinieblas, espíritus de malicia*<sup>3</sup>; destruir los ídolos y la idolatría; combatir y desarraigar los vicios; sujetar bajo su dominio á todos los *hijos de Seth*, á todos aquellos que desde el principio del mundo hasta el fin de los tiempos tengan la dicha de ser rescatados por la aplicacion de sus meritos; á todos los que por medio de su gracia lleguen á pertenecer al *pueblo escogido*, á todos los que pertenezcan al *orden de los sacerdotes, reyes de la nacion santa, del pueblo conquistado*, que debe en adelante y para siempre publicar sus grandezas, su virtud y el poder con que les *sacó de las tinieblas proporcionándoles la luz*; á todos los que se hayan subditos de su reino, miembros de su cuerpo, hijos de su Iglesia *que con su sangre redimió*<sup>4</sup>.

Mas inútilmente poseeria un príncipe los diferentes títulos que dan derecho á un trono, nadie le obedecería si no con repugnancia si no tuviese las cualidades que deben adornar á un buen rey y que le hacen digno de reinar. Nadie podría decir tal cosa respecto de Nuestro Señor Jesucristo, puesto que posee por el contrario en grado supremo todas las cualidades que son capaces de hacer un rey excelente y le ponen en condiciones de gobernar bien.

Tiempos felices, países afortunados donde los reyes eran llamados *Abimelech*, es decir, *mi padre el rey*<sup>5</sup>, porque esos reyes miraban á sus subditos como á hijos y los subditos á su vez honraban y amaban á sus reyes cual á su padre, no os precieis, no, de vuestra felicidad; no puede compararse con la dicha que nosotros tenemos de tener por rey al mejor de todos los padres, que no vino á la tierra sino para hacer bien al mundo todo y que despues subió á los cie-

1. Num. xxiv, 17. — 2. Luc. xi, 21. — 3. Eph. vi, 12. — 4. Act. xx, 28; I. Petr. ii, 9. — 5. Gen. c. xxi, xxi, xxvi.

los para preparar en él nuestro asiento y que reinemos con Él eternamente. Sí, amados hermanos míos, Jesus de Nazaret, *ungido*, como dice el príncipe de los apóstoles, *del Espíritu Santo y de fuerza, yendo de lugar en lugar* en los días de su vida mortal, *sembrando el bien en todas partes, y curando á los que se hallaban bajo el poder del demonio*! Mas poderoso que los reyes todos de la tierra, *mandaba al mar y á los vientos y le obedecian*; *mandaba con imperio á los espíritus impuros y hacian cuanto les ordenaba*<sup>2</sup>. No habia enfermedad, ni dolencia, por inveterada que fuese, aún cuando pareciese incurable, que pudiese resistir á la virtud de su palabra; hablaba á los muertos y salian de sus sepulcros; en fin, usando una expresion del Evangelista san Juan, Jesus llevó á cabo hechos tan notables, ejecutó tantos prodigios, y milagros tantos que *si se fuesen á narrar uno por uno, no creo hubiese lugar bastante en el mundo para contener los libros que se escribieran*<sup>3</sup>. ¡Qué poder, qué virtud, qué fuerza, qué bondad, qué misericordia, qué caridad, qué providencia, qué paternal ternura hácia todos sus subditos, qué esmero y diligencia en atender á su necesidades todas!

El mandato de Dios, el poder paternal, el consentimiento de los pueblos, el derecho de conquista y aún pudiera añadir el derecho de sucesion, puesto que descendia de David, rey de Judá: toda clase de títulos han hecho de Jesus nuestro príncipe ó gefe, nuestro gobernador, nuestro rey; y por una bondad infinita *ha cuidado de todos los hombres y no ha descansado*, en su gloria, *sino despues de haber atendido á todo*<sup>4</sup>. ¿Qué digo? En el mismo lugar de su descanso, en el cielo, sentado á la diestra de su Padre, atiende á nuestras necesidades, escucha nuestras plegarias, nos ayuda con sus bendiciones, nos colma de sus gracias, y ocupándose unicamente de su pueblo, ese buen Rey, segun expresion de san Pablo, *siempre vive para interceder siempre por nosotros*<sup>5</sup>.

1. Act. x, 38. — 2. Matth. viii, 26 et seqq.; Marc. i, 27. — 3. Joan. xxi, 25. — 4. Eccli. xxxii, 1 et 2. — 5. Hebr. vii, 25.

Así debía ser el Rey de reyes, anunciado, predicho, prometido despues del pecado del primer hombre, para ser el pastor, príncipe, gefe, guía, mejor aún, el Padre de los ángeles y de los hombres, el *Padre de los siglos venideros* <sup>1</sup>. Y tal apareció, en efecto, siempre Jesucristo durante los momentos todos de su vida sobre la tierra; tal apareció muy especialmente en la circunstancia milagrosa de su vida de que hace mencion el Evangelio de este día. Hé ahí porque el pueblo queria proclamarle rey. Mas Jesus aún cuando verdadero rey, no acepta la magestad que se le ofrece porque la juzga indigna de su Magestad soberana. Por eso me toca ahora el explicaros

II. *De que modo quiere reinar.* — Los Judíos carnales y groseros, preocupados por el vano brillo que imaginaban habia de acompañar al reinado temporal de Cristo, no creian en un reinado eterno y divino, en un poder y soberania meramente espiritual. De esta preocupacion nacieron sus dudas, tinieblas é incertidumbres; de ahí procedia la dificultad que hallaban en conciliar lo que en los Libros sagrados leian, y la magestad del poder é imperio del Mesías, con la humildad y aparente debilidad de Jesus de Nazaret. De ahí procedia tambien el ofrecimiento que los pueblos de Galilea le hacen de un trono terreno y temporal en el desierto, trono que Jesus rechaza con energía y desprecio. Jesus, á quién un hombre suplica tenga á bien decir á su hermano que reparta con él su herencia, le contestó: *¿ Amigo mio, quién me ho hecho juez de vuestras contiendas para arreglar vuestras particiones* <sup>2</sup>? Preguntado por los fariseos acerca de *cuando vendria el reino de Dios*, les contestó: *el reino de Dios, no vendrá con pompa ni brillo que le descubra; y no se podrá decir: Aquí está, ó: Está allí; pues desde este mismo momento el reino de Dios está entre vosotros* <sup>3</sup> Yo soy rey, dice á Pilatos el Hombre Dios, *Pero mi reino no es de este mundo; no es de la tierra* <sup>4</sup>. Tratemos, hermanos míos, de descu-

1. Is. ix, 6. — 2. Luc. xii, 13, et 14. — 3. Luc. xv i, 20 seqq. — 4. Joan. xviii, 36 et 37.

brir en estos oráculos del divino Maestro cual es la magestad que rechaza y cual la que desea.

Judíos los que esperabais un rey poderoso segun el mundo, un príncipe belicoso, un conquistador en estado de libertaros por medio de las armas de la dominacion romana, os habeis equivocado; Mesías no ha venido para cambiar ó turbar los imperios. Derecho de vida y muerte ejercido con grande aparato: diferentes tribunales de justicia con mas fausto que equidad las mas de las veces; magníficos tronos, soberbios palacios, innumerables cortesanos, numerosas guardias, ejercitos invencibles de mar y tierra, tributos y derechos sin número, vastos dominios, tesoros, cetro corona, diademas y en general símbolos y atributos de la monarquia acá en la tierra, sois muy poca cosa, para poderos siquiera comparar á los atributos de una magestad esviritual y celeste; nunca serviréis para demostrar la magestad y grandezca de la gran monarquia espiritual de Jesucristo.

*Los príncipes de las naciones mandanles como soberanos y los grandes les tratan con imperio. No sucede lo mismo entre vosotros; pues el Hijo del Hombre no ha venido para ser servido, sino para dar su vida por la redencion de muchos* <sup>1</sup>; Que clase de dominio, amados míos! Enteramente divino. Tanto mas sólido cuanto ménos terrenal, existirá siempre y subsistirá aún cuando todos los reinos de la tierra sean destruidos, y, basado este dominio en la redencion de los hombres, será semejante al fruto de esta redencion, es decir no tendrá fin. Hablemos con mas claridad. El reinado de Jesucristo refierese ménos al cuerpo que al alma; es interior, espiritual, algo celeste; comienza acá en la tierra y se perfecciona en el cielo; extiéndese y comprende á todos los justos de todos los tiempos; la gracia es su fruto en esta vida y la gloria su recompensa en la otra. El reinado de Jesucristo es aquel en que los hijos adoptivos del Padre celestial tienen la inmensa dicha de reinar con el Hijo por naturaleza; de manera que sí le hacen reinar en su corazon por me-

1. Matth. xx, 25; Marc. x, 42.

dio de la fé, esperanza y caridad, tienen de su parte la inmensa y gloriosa ventaja de reinar con Él por medio de la gracia y de la gloria. No lo dudemos ni un momento; al sujetarnos á Jesus nos convertimos en *reyes y sacerdotes* <sup>1</sup>. Jesucristo reina en nosotros y nosotros en Él reinamos. Expliquemos esto detenidamente, pues no hay cosa para la salvacion mas importante.

El reino que Jesucristo desea y que nos manda le pidamos diciendo: *Venga á nos el tu reino* <sup>2</sup>, es la pacífica posesion del reino que le pertenece; de manera que no haya ya que combatir enemigo alguno, ni mas subditos que reducir á obediencia, sino que todos los hombres reciban sus leyes y se sometan á su voluntad. No se trata de un reinado agitado, turbulento, combatido por guerras interiores y exteriores, como el de David; es un reinado por el contrario, tranquilo, pacífico como el de Salomon figura del mismo. El hombre Dios, despues de combatir durante toda su vida para conquistar el reino que su Padre le tenia destinado, despues de haberle comprado al precio de su sangre y vida, recibió en su resurreccion una nueva vida, gloriosa y triunfante; durante cuarenta dias puso los cimientos á su imperio; subió á los cielos; entró en ellos como en triunfo, y se estableció en un estado de reposo, gloria y poder, fué adorado por los ángeles y santos; reconocido por su Señor, rey, soberano y Dios; entónces tuvo cumplimiento aquel oráculo: *El Señor ha dicho á mi Señor: Sientate á mi diestra hasta que reduzca tus enemigos á servirte de escabel* <sup>3</sup>.

Mas este reinado del que el Salvador tan solo puso los cimientos, y que encargó á sus discipulos le propagasen, publicasen y estableciesen sobre la tierra, bajo sus órdenes, con el auxilio de su gracia, con toda la fuerza de lo alto, de que *revestidos* por la efusion abundante del Espíritu Santo, que les fué otorgada <sup>4</sup>; ese reinado halla cada dia y hallará hasta el fin de los siglos obstáculos que se

1. Regale sacerdotium (I. PÉTR. II, 9). Regnum et sacerdotes (APOC. V, 10). — 2. Matth. VI, 10. — 3. Ps. CIX, 1 et 2. — 4. Matth. XXVIII, 18 et seqq.; Marc. XVI, 15 et seqq.; Luc. XXIV, 47 et seqq.

oponen á su crecimiento y perfeccion; tiene que vencer muchos y poderosos enemigos; y no será consumado hasta tanto que Jesucristo no los reduzca á todos á servirle de escabel.

¿Cuáles son esos enemigos? Enseñanos san Pablo que son todo *imperio, todo dominio, todo poder* opuesto á los designios del Hombre Dios <sup>1</sup>: el demonio, el mundo, la carne que se esfuerzan continuamente por extender su reino disminuyendo el de Jesus. Esos enemigos son por consiguiente los principados y potencias del infierno, los príncipes de las tinieblas, que se esfuerzan por arruinar el reino que el Padre preparó para su Hijo desde la eternidad. Esos enemigos lesion tambien los Judíos y Gentiles que, no contentos con resistir á la verdad que se les anuncia, persiguen y quitan la vida á los que la predicán. Esos enemigos lo son tambien los hereges y cismáticos de todos los tiempos á los que él espíritu del error y division mantiene separados de la Iglesia que el reino de Jesucristo. Esos enemigos lo son los impios, los pretendidos filósofos y sabios, que no tienen fé, ni ley, ni religion y pretenden arrojar á Dios de la sociedad y de que todo el mundo les sea semejante. Esos enemigos, por último son los malos cristianos, todos los católicos indignos de tal nombre que no tienen de *hijos del reino* <sup>2</sup> mas que lo exterior, que viven con un continuo desprecio de Dios y de su Iglesia, y que no temen violar todas las leyes y el Evangelio mismo con tal de satisfacer sus pasiones.

Cuando el Hombre Dios haya alcanzado una victoria completa sobre todos estos enemigos; cuando despues de juzgar á los vivos y á los muertos, *todas las cosas le estén perfectamente sujetas*; cuando, como dice el Apóstol, *el Hijo haya devuelto su reino á su Dios y su Padre y que Él mismo se vea sujeto á Aquel que le habrá concedido la sujecion de todas las cosas, para que Dios sea todo en todos*, entónces, *el reino* que conviene á Jesucristo y el único que Él desea *habrá llegado* <sup>3</sup> Pero hasta ese momento, no reinará mas que imperfectamente; su reinado se verá siempre turbado y agitado

1. I. Cor. XV, 24. — 2. Matth. XIII, 38. — 3. I. Cor. XV, 24 et seqq.

por la guerra. Los verdaderos fieles, sin embargo, sensibles en lo concerniente á su soberano, y celosos por su gloria pueden y deben procurarle el reino que desea, y solo me resta el explicaros de que manera lo han de hacer.

III. *Como podemos procurar á Jesus el reino que desea.* — Hay amados míos, dos ciudades, la terrena y la celestial; y hay tambien dos reinos, el de los vanos deseos ó ambicion, y el de la caridad; y por último hay dos gefes ó reyes, el demonio y Jesucristo. — Bien claro de esto se deduce que es preciso habitar en una de estas dos ciudades, ser subdito de uno ú otro reino y estar sometido á uno ú otro monarca. Gloriarse de haber hallado el justo medio sería una extravagancia; pretender que se puede á un mismo tiempo ser ciudadano de Jerusalem y de Babilonia; querer conciliar intereses tan opuestos como son los de estos dos reinos, obedecer á ambos reyes sería una empresa tan temeraria que la misma Sabiduría encarnada declara que es de todo punto imposible diciendo que *nadie puede servir á dos señores*<sup>1</sup>. Por eso el que quiera ofrecer á Jesus el imperio de su corazón, debe empezar por destruir en el mismo el imperio de Satanás, el reino de la ambicion y arrancar de allí todos los vicios<sup>2</sup>.

Pecadores consuetudinarios, miéntras el *pecado*, como dice el Apóstol, *reine en nuestro cuerpo mortal, miéntras os dejéis arrastrar por vuestro cuerpo sumidos en el pecado para servirle de armas de iniquidad*<sup>3</sup>; avaros, libertinos, iracundos, miéntras os dejéis arrastrar por tan bastardas pasiones; mundanos, miéntras el amor al mundo os tenga sujetos ó esclavizados, sus pompas, sus honores, sus dignidades poseerán por completo vuestro corazón y os obligarán á adorar el ídolo de la fortuna; vosotros mismos, vosotros los que haceis alarde de profesar una vida mas piadosa y cristiana, mas regular, mas perfecta, si acaso el amor propio os domina; *si vuestra voluntad se halla por algo en vuestros ayunos*<sup>4</sup>,

1. Matth. vi, 24. — 2. Vid. S. Joan. Chrysost. *Op. imperf. in Matth.* hom. 14; Cassian. *Collat.* ix, 19. — 3. Rom. vi, 12 et 13. — 4. Is. LVIII, 3.

en vuestras austeridades, mortificaciones, oracion, ofrendas, sacrificios y todas vuestras pretendidas obras buenas, no esperéis que Jesucristo reine en vosotros; Jesus no puede reinar sino por medio de la caridad y os vereis desdichadamente privados del mismo.

Procuremos pues arrojar al demonio de nuestro corazón y purifiquemos de nuestros pasados pecados, por los dignos frutos de verdadera y sincera penitencia; hagamos continuamente la guerra á nuestros vicios y pasiones. *Demonios á Dios*, dice san Pablo, *como habiendo resucitado de entre los muertos cual eramos, y consagramosle los miembros de nuestro cuerpo para que le sirvan de armas de justificacion*<sup>1</sup>. Trabajemos sin descanso para debilitar, mortificar y desarraigar la concupiscencia; raiz de corrupcion siempre viva, manantial funesto de toda clase de males, inclinacion viciosa que nos induce á amar las cosas groseras y terrenas, lo que nosotros llamamos bienes materiales, placeres de la carne y de los sentidos: concupiscencia, de que se sirve tan ventajosamente el demonio para sorprendernos y hacernos caer en los lazos que nos tiende, en cuanto nos rodea. Legamos este caritativo consejo del discípulo amado: *No amemos al mundo, ni lo que al mismo pertenece*. Estemos persuadidos de que, *quien ama al mundo no posee el amor del Padre; pues todo cuanto en el mundo existe, es ó concupiscencia de la carne, ó concupiscencia de los ojos, ú orgullo de la vida, lo cual no procede del Padre sino del mundo*<sup>2</sup>; y por lo tanto es opuesto al reino del Hijo. Cuidemos que la concupiscencia, una secreta vanidad, el amor propio, no nos hayan perder el merito de nuestras buenas obras. Si Dios nos concede la gracia de salir airosos de nuestras empresas, el *pecado no reinará ya en nosotros y no tendrá poder alguno sobre nuestro corazón*<sup>3</sup>; no seremos ya esclavos del demonio. Libertados de ominoso yugo, de tan cruel tiranía, poderémos vanagloriarnos de haber establecido en nuestras almas el reinado de Jesus.

No basta, sin embargo, establecerlo; es preciso tambien conso-

1. Rom. vi, 13 et seqq. — 2. I. Joan. ii, 14 et seqq. — 3. Rom. vi, 1.